

La fiesta en paz

(*El País*, 13. 08. 1996)

El narcisismo colectivo desconoce límites. La familia Quirós, por ejemplo, no se quedó corta a la hora de ponderar la antigüedad de su linaje, pues sabido es que "antes que Dios fuera Dios, y los Velasco Velasco, los Quirós eran Quirós". Sólo un punto más modesta, la celeberrima jota popular navarra ensalza nuestra valentía hasta situarla por encima de la omnipotencia de su Creador. Si a los demás simplemente se les supone, el coraje del navarro alcanza tal magnitud "que ni Dios *pué* contigo, porque Dios te hizo así".

Ya me perdonarán mis paisanos que exprese ciertas dudas acerca de tan proverbial valentía. Pues ésta, dice el filósofo, es la virtud que nos hace plantar cara a lo temible en la ocasión debida y en el grado en que es debido. No ha comparecido tal virtud, que se diga, a la hora de denunciar a su tiempo a los políticos componentes de esa acreditada "trama navarra" de la que bastantes tenían sobrados indicios. La medrosa farsa sigue y, los mismos que ocultan las Filesas, nombran a una comisión gestora o gestante que cumpla el gesto primordial: tapar al Partido... Pero vengamos a otro frente de batalla más amplio y abrupto para medir el arrojo de sus bravos. Así como nuestros antepasados requetés se equivocaron en 1936 acerca de qué era entonces lo temible y se volvieron ellos mismos objeto del horror de muchos, sus nietos abertzales incurren ahora en vicio parecido. No son ellos los valientes, sino que nos toca a los demás ser valientes *frente a* ellos.

Era el día 6 de Julio pasado, y en medio de la muchedumbre de mozos que aguardaban ante el Ayuntamiento de Pamplona el chupinazo se desplegó una pancarta en la que ETA nos deseaba felices fiestas. Pegados a su consigna de que "fiestas sí, *borroka* también", los iluminados guerrilleros de fin de semana recordaban amenazadoramente su presencia. *Freedom for the Basque country* , *Euskal Herria askatu* , rezaban los pasquines de las paredes. Mientras el Pueblo sufre su opresión, nadie debe disfrutar, salvo a condición de rumiar a cada instante el dolor general. Nadie ha de permitirse dar la espalda a la presunta tragedia colectiva y de sus heroicos defensores, a menos que quiera precipitar tragedias reales siempre pendientes. Uno de los ritos presanfermineros más observados por las gentes del lugar consiste, como se sabe, en susurrarse al oído la pregunta de cuándo se romperán las fiestas ese año. Más o

menos como cuando se avecinan las de Vitoria, Donostia y Bilbao, que en esto de la amenaza y el miedo no hay mayores distingos.

Es bien probable que el País Vasco y Navarra recobrarían un talante, si no más festivo, siquiera más amable y variopinto en cuanto ellos desaparecieran de escena. Pero semejante expectativa, entendida como una enorme ingratitud hacia sus desvelos, enardecería aún más la moral del combatiente. Para aquella desafiante invitación que menciono contaban no sólo con el beneplácito seguro de bastantes (electores de Herri Batasuna, huestes de Jarrai, gente "maja" rebosante de buena voluntad...), sino con la indiferencia cómplices de muchos más. Los mismos, unos y otros, que se afanan en sembrar de *ikurriñas* año tras año el recorrido del Tour, el trayecto del encierro o las calles de municipios en fiestas donde habitan dos abertzales de BUP. La tele manda, y es preciso que el mundo entero deduzca de esas imágenes el fervor patriótico de un Pueblo que rehúsa orgulloso someterse al español. Y es que hay algunos a quienes encanta saberse objetivo de la cámara o tema de estudio de los científicos sociales (?), y por nada del mundo desean defraudar sus expectativas o sus conclusiones.

Si la fiesta fuera la irrupción de lo extraordinario en lo cotidiano, la lógica pediría a los alborotadores diarios un descanso durante el paréntesis festivo, dedicado a la meditación o a las obras de misericordia. Pero ¿no han proclamado asimismo los antropólogos que es el espacio de la transgresión? Pues tan festivamente legítimo será pillarse una trompa etílica (que ahí acaba la transgresión de los más) como vapulear al Alcalde o entonar en el tendido eso tan bonito de que "en Euskadi se prepara -pim, pam, pum- la revolución". Si la fiesta es el momento de la subversión, lo mismo da la subversión festiva que la terrorista. Puestos a festejar, en las recientes fiestas de Ordizia grupos de jóvenes piadosos festejaban el otro día con alcohol la noticia de un vecino que agonizaba de cuatro tiros etarras a las puertas de su local. Fue entonces cuando sintieron al máximo su pertenencia al Pueblo.

Volviendo a Pamplona, el caso fue que la policía no intervino, es de suponer que a fin de prevenir males mayores y privar así de apoyos a los que sólo la careta de víctimas les procura alguna constancia de su existencia. Pero ¿y los demás fieles allí congregados para celebrar la repetición de lo Mismo? Bueno, pues parece que a unos cuantos se les ocurrió como toda reacción corear frente a los contrarios el santo y seña opuesto de "fiestas sí, política no". Y aquí no se sabe qué deplorar más: la terca

brutalidad de los destinatarios de esta nueva consigna o el simplismo ramplón y la cómoda abstención de quienes la vocearon.

Pues en modo alguno cabe imaginar que ETA y sus compinches civiles hacen política (al menos, en su sentido más propio), cuando lo que tratan es de impedirla a toda costa. Lo suyo es hacerse fuertes en la barbarie prepolítica, en la fase más próxima al estado de naturaleza. Cuadra mal denominar política a lo que representa tan sólo un evacuatorio de sentimientos mal fundados, de rabias incapaces de convertirse en propuestas para el debate, de frustraciones individuales que sus propios sujetos no se avienen a confesar.

Pero aún es más falso que, porque los ciudadanos estén de fiesta, deba hacer fiesta también la política y suspender su actividad. No diremos esa vaciedad de que todo es político, pero sí que nada tiene lugar en una sociedad humana más que *desde* la política. Ella es la que, tras preservar nuestra misma existencia, asegura también nuestra fiesta, que no sería posible sin una corporación municipal y sin unos servicios públicos que la cuidaran. ¿O acaso el lema que pretendía negarla ("fiestas sí, política no") resulta de carácter menos político que su contrario? Sólo que, eso sí, expresa a gritos el fatal descrédito de la política entre la mayoría y su consentimiento de abandonarla a los profesionales de la fuerza.

Parece como si esa mayoría despolitizada sólo se aventurase a dar la cara (o sea, a politizarse) cuando le tocan su programa festero. Que durante el resto del año los de la siniestra pancarta de enfrente campen a sus anchas, que cada día destilen sus insensateces en los Institutos, en la Universidad o en la prensa, que cada fin de semana arrasen lo que sale al paso..., eso no va con ellos. A ellos, y en fiestas, que no les quiten loailable. Pero lo más seguro es que, si reaccionaran durante el resto del año como ciudadanos frente a estos nuevos niños salvajes, si trataran de armarse de ideas contra el provisto de explosivos y probaran a enseñar aun al que no quiere aprender, tendríamos la fiesta en paz. Por decirlo de otra manera, si la consigna habitual fuera "política sí, terror no", "sí a la razón que discute, no al fanatismo que mata". O sea, si el mal que crece entre nosotros (el del asesinato y del secuestro, pero no menos el de la sinrazón) no se hubiera vuelto por desgracia banal de tan repetido y desapercibido de tan banal.

A fin de percibirlo y afrontarlo, hace falta ante todo valor para desafiar la opinión común de la cuadrilla, lo "políticamente correcto" entre los jóvenes y no tan jóvenes; en

una palabra, para atreverse a pensar por propia cuenta y *riesgo* . Bastante más valor, por cierto, y mostrado de forma más regular, que el que se requiere para ponerse ante seis toros en la cuesta de Santo Domingo. Lo demás -la entrega a lo que está mandado, la tolerancia de la necesidad o de la barbarie, la inmersión acrítica en la jarana- es pura cobardía.